VIAJE DE JUAN RAMON JIMENEZ A LA ARGENTINA

POR

ANGEL M. AGUIRRE

> La estancia del poeta en la capital [Buenos Aires] es una sucesión de éxitos indescriptibles. Juan Ramón vive en su mejor momento humano (1).

LLEGADA

El miércoles 4 de agosto de 1948, pasadas las nueve, llegaban al puerto de Buenos Aires, a bordo del vapor «Río Juramento», Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí.

Los Anales de Buenos Aires había invitado al poeta, y allí lo esperaban, en la dársena C de Puerto Nuevo, la presidenta, Sara Durán de Ortiz Basualdo, y una multitud que coreó el nombre de Juan Ramón.

En los Archivos de la Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez, de la Biblioteca General de la Universidad de Puerto Rico, se conservan papeles y manuscritos que registran ecos e impresiones de esa visita. Zenobia escribió varias cartas a Ginesa y Juan Guerrero. Extrayendo fragmentos de aquí y de allá se puede intentar una reconstrucción, tanto de las impresiones de los ilustres viajeros, como de los ecos que aquella estancia produjo en los argentinos. Alguna de esas cartas tiene casi valor de diario de viaje: continuada sucesivamente en varias jornadas.

La llegada y sus impresiones se describen en la carta del 6 de agosto:

> Queridos amigos:
>
> No quiero enviarles la carta de abordo sin añadir unas letras. Llegamos anteayer y antes de atracar nos alcanzaban ya las rítmicas voces de un grupo de estudiantes que saltaban por el muelle subiendo y bajando los brazos para llamar nuestra atención e identificarse: ¡Juan Ramón, Juan Ramón! Ya las radios de Montevideo y Buenos Aires

(1) FRANCISCO GARFIAS, «Prólogo», Jiménez, J. R., *El trabajo gustoso* (conferencias), p. 13.

nos traían anuncios de conferencias, comentarios, historias y discusiones. El frío era bastante, pero el cielo claro y radiante. La señora de Basualdo, que esperaba desde la ocho, tiritaba tan evidentemente que le eché la piel, con riesgo de que cayera en lo que aún nos separaba de agua. Pronto identificamos a antiguos amigos españoles e hispanoamericanos. El único que consiguió permiso para pasar fue el doctor Ortiz de [sic] Basualdo (no médico, juez), persona encantadora. No pudo tener la Argentina mejor anfitrión para recibirnos. En cuanto pasamos la inspección sanitaria y la de inmigración (y adelantándose a los periodistas) irrumpió impetuosa la bandada de estudiantes, que se precipitó en el camarote, abrazando y besando a J. R. con tanto júbilo y entusiasmo que tuve que correr a la puerta para avisar el «punto de saturación», so pena de morir todos asfixiados...

No podía haber sido una acogida más grata. El doctor O. B. y yo nos retiramos luego discretamente, dejando a su señora y a los estudiantes con J. R. ante la batería fotográfica. Llegados al hotel: J. R. con los Basualdo y yo con Ureta (que ahora está de cónsul general del Perú aquí) y que habíamos visto por última vez en los trágicos días del 36 por coincidir con él y su colonia. . (2).

Los fotógrafos convencieron al poeta para que posara ante ellos, pero Zenobia eludió cortésmente cuanto pudo el aparecer en las fotos. Juan Ramón, sobriamente, respondió a los periodistas que le interrogaron: «Yo no soy un hombre de hablar. Todo cuanto tengo que decir ya está dicho en mis libros. Me siento feliz de llegar a la Argentina, de haber disfrutado de un excelente viaje y de encontrarme de nuevo con viejos amigos queridos.» La pareja tuvo más tarde una entrevista con la prensa en el Alvear Palace Hotel, donde se hospedaban.

Entrevista con la prensa

Al hablar Juan Ramón a la prensa anunció que el motivo fundamental de sus conferencias sería la exaltación del espíritu, tratando la poesía desde diversos enfoques. Dijo que conocía bien a los poetas argentinos contemporáneos, nombrando entre ellos a los que le interesaban en especial: Borges, Molinari, Bernárdez y González Lanuza. En cuanto a la novela mencionó el *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes. Hizo en ese momento declaraciones de gran valor para el conocimiento de su posición frente a Darío y al modernismo:

(2) Carta autógrafa e inédita de Zenobia Camprubí de Jiménez a Ginesa y Juan Guerrero, archivos de la sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez, Biblioteca General de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, viernes 6 de agosto de 1948.

«Darío fue un parnasiano. Nosotros somos simbolistas», fueron sus palabras; reconoció a Darío como maestro, y apuntó que las raíces de las letras españolas se encuentran en la entraña del simbolismo. Insistió en que las letras hispánicas se encontraban todavía en pleno modernismo, puesto que las formas poéticas tardan un siglo en desarrollarse y evolucionar, y aún quedaba entonces por delante media centuria de modernismo.

En su entrevista con la prensa, y durante los cuarenta minutos que duró, Juan Ramón pasó revista a la historia de la moderna poesía española y americana, con citas seguras, comentarios agudos e intencionadas referencias. Y se refirió a la intensa vinculación literaria y a las influencias recíprocas entre los norteamericanos y los países de habla hispana.

Les hizo saber además que su estancia en la Argentina se prolongaría aproximadamente mes y medio, y visitaría varias ciudades del interior. Declaró que seguía con gran interés el movimiento literario argentino, cuyos valores más calificados había hecho conocer a sus estudiantes en clase. Juan Ramón planeaba, además de las conferencias, publicar algunas de sus obras más conocidas. La edición constaría de seis grandes tomos, tres de los cuales serían de poesía y los tres restantes de prosa. Manifestó luego que deseaba poder visitar la Argentina todos los años, durante el verano, con objeto de atender personalmente la publicación de sus obras en Buenos Aires, ciudad calificada por él como una de las más cultas del continente.

Finalmente Juan Ramón dijo que se sentía maravillado por Buenos Aires, y que se encontraba allí tan cómodo como en su propia casa. Relató a la prensa la anécdota de que hasta los servidores del hotel iban a su cuarto a pedirle que les dedicase ejemplares de sus libros. Juan Ramón consideraba a este amor del pueblo como la más legítima gloria que puede tener un poeta.

La impresión que los porteños y la ciudad de Buenos Aires hicieron en Zenobia ha sido recogida en la misma carta-diario a Ginesa y Juan Guerrero, esta vez con fecha del lunes 9 de agosto:

> Mientras espero que J. R. se vista para la conferencia primera, «Límite del progreso», que debe comenzar en unos cuarenta y cinco minutos, sigo luchando por terminar esta carta. No sé por dónde empezar para dar a ustedes una idea de lo que es esto. ¡Qué hospitalidad! ¡Qué cariño! Es imposible llegar a todos. Cuando mi librito está lleno y no caben más, buscan a los que han cabido para colarse con ellos.
>
> La señora de B. rodea a J. R. de una serie de cuidados y atenciones

inverosímiles: la habitación cuajada de rosas, junquillos, etc.. todos amarillos. Los demás claveles rojos, blancos, violetas, etc. [...].

La ciudad da la impresión de una gran ciudad europea, muchos rincones recuerdan a Barcelona. Como a J. R. lo han retratado tantas veces, todo el mundo lo reconoce (3).

Juan Ramón en la prensa

Ya antes de la llegada del poeta se había escrito algo en torno a Juan Ramón y su visita inminente a la Argentina en casi todos los diarios del país. Los datos biográficos del poeta se habían publicado en los periódicos, y en ellos se destacaba a Zenobia como mujer de gran cultura. A Juan Ramón se le llamó, entre otras cosas, «un escritor de gran valor poético y civil, preclaro embajador de las letras españolas, el más sutil poeta contemporáneo de nuestra lengua, verdadero renovador y jefe de una escuela de figuras descollantes». Pocos autores hispanos eran tan conocidos en la Argentina como él: *Platero y yo,* desde años atrás, era texto escolar, profusamente leído en todo el ámbito del país.

La Nación lo presenta como artista de aguzada sensibilidad y palabra sencilla, cuya prosa y versos eran leídos por grandes y pequeños; *La Razón* se llama sutil poeta contemporáneo y jefe de la escuela literaria de más significación en la actualidad; *La Epoca:* alto valor espiritual, escritor esclarecido y poeta insigne; *El Laborista:* huésped dilecto de Buenos Aires; *Nueva Era*: uno de los hombres más ilustres en la pléyade de los hombres de letras de la España contemporánea. *La Crítica* lo considera el más grande poeta de la lengua castellana y señor de la poesía, reconociéndolo como el lírico más alto y puro entre la contemporaneidad latina; *El Territorio*: un huésped grato. *Espera,* afirma que la llegada de una intelectualidad de valía como Juan Ramón a la Argentina era siempre un motivo de orgullo espiritual y a la vez étnico para esa nación; y *Correo* dice que, en ese momento, España no tiene un poeta tan alto, tan intenso ni tan universal como Juan Ramón Jiménez. La labor de Zenobia como traductora de Rabindranath Tagore fue reconocida también en los elogios que sobre la pareja volcó la prensa.

La Acción publicó el 25 de agosto varios poemas adaptados por Robger (Dr. Roberto G. Béquelin), fabulista santafecino, que en extraño homenaje a Juan Ramón había puesto en verso algunos capítulos de *Platero y yo.* La revista *Los Anales de Buenos Aires* le dedicó un

(3) *Ibid.,* lunes 9 de agosto de 1948.

número especial. En ese número colaboraron Alejandro Casona, Rafael Alberti, Guillermo de Torre, Ricardo Molinari, Carlos Mastronardi, Rosa Chacel y Arturo Romaz. En la portada Marie Elisabeth Wrede dibujó una viñeta con el retrato de Juan Ramón. Norah Borges tuvo a su cargo la ilustraciones del número.

Pero esto no fue todo, el 20 de agosto, Clemente Cimorra publicaba en *Cartel* un breve artículo titulado: «¿Por qué Juan Ramón no es Premio Nobel?», ocho años antes del galardón de la Academia Sueca.

Conferencias

Juan Ramón había anunciado su programa de conferencias en carta escrita desde Wáshington. Pensaba pronunciar cuatro conferencias bajo el título general *Vida y poesía*. Todas sus disertaciones serían una exaltación del espíritu y la razón, frente al materialismo y la decadencia moral de nuestro tiempo. La primera de ellas versaría sobre las consecuencias del «exceso de progreso» en las grandes ciudades modernas y en las siguientes conferencias analizaría la función de la poesía en la vida material y espiritual. En febrero de 1949, Juan Ramón escribió un ensayo para *La Nación,* desde Maryland, titulado «Sobre mis lecturas en la Argentina», recogido por Francisco Garfias en *La Corriente Infinita. Crítica y Evocación,* p. 253-259. El ensayo comienza con el siguiente párrafo:

> En mis seis lecturas de 1948 en la República Argentina intenté hablar del espíritu: en poesía abierta, en progreso mejor; en sucesión social, en trabajo gustoso, en razón heroica, en conciencia de dios bello. Por eso las llamé lecturas sobre poesía y vida (4).

También proyectaba dar otras conferencias en Montevideo y en La Plata. Era la primera vez que la palabra de Juan Ramón llegaría directamente a los argentinos. El poeta fue objeto de múltiples agasajos, pues en la Argentina había mucho interés por verle y escucharle, y los argentinos le trataron con su tradicional hospitalidad. Las cuatro conferencias en el teatro Politeama estaban fijadas tentativamente para los días 9, 13, 20 y 23 de agosto.

La primera charla versó sobre el tema «Límite del progreso», y atrajo tanto público que hasta se interrumpió el trásito en la calle. La multitud, aglomerada, esperaba que se abriesen las puertas del teatro antes de las dieciocho treinta, en el sector de la calle Corrien-

(4) J. R. Jimènez, *La corriente infinita. Crítica y evocación,* p. 255.

tes. El público se disponía a ocupar las localidades del teatro para oír la palabra de Juan Ramón, que tomaría la ciudad de Nueva York como ejemplo para esta conferencia.

Las primeras palabras de Juan Ramón fueron para expresar en qué forma le había conmovido la acogida que se le dispensaba. Todo el Buenos Aires, preocupado y angustiado por los problemas del espíritu, había acudido hasta llenar el teatro, para escuchar el mensaje de uno de los «más sutiles escudriñadores del alma humana».

En *La Nación* se resumió al día siguiente la conferencia:

> Nuestra felicidad, o la dichosa proporción, amigos míos, me parece a mí que está en el buen uso que hagamos del tiempo y el espacio en los que nos ha confinado nuestro destino. Que si es cierto que nosotros nos hemos encontrado con ellos aquí, sin consentimiento nuestro, también lo es que aquí nos han traído dotados de un instinto que podemos convertir, con nuestra cultura y nuestro cultivo, en superior clarividencia; y no digo inteligencia porque para mí la inteligencia no es nada superior al instinto y no sirve para guiarlo, sino para comprenderlo. De modo que, desde nuestro primer momento vivo, nos hemos de enfrentar con la aventura, ricos de armas interiores, que tienen desde lo instintivo a lo inteligente, o al revés, todas las posibilidades. Y nuestro progreso ha de tender a nuestra felicidad, puesto que si el progreso no sirve para la felicidad humana, ¿para qué sirve?
>
> Principio y fin de nuestra vida, y puesto que nada concreto recordamos de antes del principio, hay que considerarla, sobre todo, como fin, y sólo entonces encontraremos todos en ella el suficiente paraíso, estaremos seguros de que aquí es donde hay que considerar la vida, toda la vida.
>
> El ideal no hemos de considerarlo nunca lejano ni inexistente; estamos hechos de ideal y, por tanto, todos podemos encontrarlo en todos; el problema es encontrarlo; es la vida misma y todas las vidas que puedan sobrevivirnos. El ideal, creo yo, consiste en hacer ideal la vida, exaltándonos; ideales todas las vidas, exaltándolas; que el hombre tiene la facultad de crear y contemplar, mezclar el trabajo y el ocio, el ocio profundo. Crear un ideal no es no ser humano; el ideal sitúa la vida entre el ángel y el demonio, hombre con ala blanca y ala negra. Una vida con más elementos de felicidad posible que esta vida que vivimos. Vida, sin duda, como otra pasada o venidera es difícil hallarla ni concebirla al hombre, que lo que imagina no es más que figuración o desfiguración hermosa de lo que siente con sus cinco sentidos corporales y espirituales: que nada hay más lleno de espíritu que los sentidos. Nuestro deber y nuestro querer han de ser precisamente esos de concebirla y hallarla como mejor, como única y definitiva. Y eso no quiere decir que se tenga que ser sólo realista, puesto que la fantasía también es del hombre y fantasear es realizar sueños con voluntad. Vida real es realidad con fantasía. Pues para concebir y hallar mejor nuestra vida real se supone que hemos inventado esa entelequia

que llamamos progreso: «La sucesión de la conciencia que concibe, halla y maneja la vida.»

Los Estados Unidos son, a mi juicio, un ejemplo mayor de progreso en continuidad, de técnica sucesiva con ideal práctico, y al fondo, el paganismo general a que su existir ha llegado, a la habitación trashumante del automóvil, una idea de espíritu más o menos divino, crítico, en proceso constante y adopción variable. Sus contrastes progresivos son poco pasionales, parecen a veces tan indefensos como los juegos de niños, de una inocencia tan lógica; son más lógicos, en apariencia al menos, que en mi España teológica o anarquista.

Pero en Nueva York no hay naturaleza fundamental asimilable; Nueva York no está fundada en la aspiración, sino en la extensión obligatoria, y el hombre está siempre cansado, deshecho, porque no lo mantiene la ambición total ni el natural contacto. Una ciudad, me parece a mí, que debe ser un organismo como otro cualquiera, con un límite moral y material en su desarrollo, pasado cuyo límite se convierte en vicio, ciudad viciosa, como todos los desarrollados que llamamos viciosos. Nueva York ha sobrepasado la proporción de la ciudad, tanto que en muchos aspectos no parece verdad. Acaso sería una ciudad ideal para el hombre como águila mecánica suprema. Pero por el momento el hombre de Nueva York, condenado fatalmente por la inercia a la entraña obscura de sótano más o menos elevado, no tiene posibilidad de existir aguileñamente, de poner su nido en una nube.

El hombre ha hecho muy grande a Nueva York para ser muy grande él, pero se ha quedado muy chiquito; no le viene bien a la máquina. Y ese hombre, que es un hombre ausente, ya perdido en un rompecabezas y que está rodeado de una enorme inutilidad, necesita poseer, para estimarse en algo, todos los inventos del progreso cambiado en progresillo. El hombre que ha inventado tanta maquinilla útil para lo inútil, muchas veces; que inventa como máquina, es ya una huesosa máquina con aceite de triste sangre; máquina también de calcular lo verdaderamente falso, lo llenamente vacío. En Nueva York el ideal es la calle, la altura norma, fatalmente rebajada. Vivir hacia abajo, como en Nueva York, en jaulas tremendas donde los sentidos pierden su derecho, su tiempo, su espacio, su objeto y fin, es morir menudamente. En plena naturaleza, la distancia do disminuye la personalidad. En Nueva York, sí. Yo no conozco lugar en donde se vea desaparecer más vagamente al hombre de cada día, en donde la vida de tanta gente sea tan inadvertida agonía en pie. El hombre, la naturaleza y las vidas de la naturaleza toda, deben amar su armonía como una música suficiente, no desmesurada, que une a todos los hombres.

Es preciso, urgente, pregonar alto y constante, en cada país, y más en los progresivos o más veloces, la gloria del progreso mayor contra el purgatorio del progreso menor, la gloria de la vocación ambiciosa, de la libertad de espíritu; el hombre libre tiene que ser libre, será libre. Su primera virtud, su gran hermosura, su gran amor es la libertad. Y esa libertad tiene que moverse libremente, sueltamente, también dentro de

lo mejor, y llenar lo grande hasta sus bordes. Lo que es grande verdaderamente, por mucha que sea su exigencia, nunca esclaviza, aunque nosotros creamos ser sus esclavos. La verdad superior es aquella que determina en el instinto una conciencia autónoma; que la conciencia instintiva es nuestra final adquisición. Espíritu contra ingenio. Inteligencia contra ingenio. Instinto contra ingenio. El límite de nuestro ingenio será el límite necesario del progreso (5).

Con frecuencia las frases del poeta eran apoyadas por grandes aplausos, que se fueron convirtiendo en ovación al finalizar.

El 20 de agosto volvió a hablar en el Politeama, esta vez sobre «Aristocracia de intemperie» (*). La sala estaba totalmente llena de público entusiasta; entre él se encontraban numerosos alumnos de escuela secundaria apiñados en las galerías del teatro, siguiendo atentamente la exposición de Juan Ramón. En esta ocasión no se repitieron los incidentes de la primera conferenecia (la aglomeración de una muchedumbre frente al teatro, paralizando el tránsito) porque las puertas del teatro se abrieron con mayor anticipación. La charla fue resumida en *La Nación* así:

... duende y ángel son los huéspedes interiores del poeta auténtico... el primero es secreto y el segundo gracia.

Angel y duende parecen ser los entes del hombre que más necesitan del mar. Por eso el poeta de la meseta, que no ve el mar, tiene que «realizarlo» en las cosas y las personas que lo rodean. El mar se convierte en él en un mito imprescindible; pero el mar no puede pensarse más que en el mar. La escritura poética castellana —la de la meseta española— no suele tener ángel ni duende. Los escritores poéticos sin ángel ni duende pueden y suelen ser muy bien apalabreados, pueden escribir muchas maravillas, pero son tan poco contagiosos como una columna salomónica. El virtuosismo lo tiene quien no sabe de este ángel y este duende, habitantes del instinto que sospechan del ingenio. Es como el amor. Vemos personas equilibradas, lógicas, y ritmo, color y sonido que no nos atraen. Son eso que suele llamarse «clásico», «maduro», «perfecto». Y vemos otras veces que son un puro defecto o que están dotadas de defectillos angélicos y duendinos que nos enamoran, nos prenden y nos retienen.

Existen poetas que pueden tener demonio y dios, a lo Milton, a lo Goethe, a lo Baudelaire, y entre nosotros los españoles, a lo Luis de León, a lo Quevedo, a lo Unamuno. Pero esto es completamente distinto. Dios y el demonio los concebimos más hechos, más teológicos, más retóricos, más definidos, más cerrados. Unamuno, tan loco, concibe a Cristo-Dios según el cuadro de Velázquez. El ángel y el duende no son tan regidores como dios y el demonio; acaso son formas que ellos pueden tomar, a fuerza de ser vencidos por el hombre y la mujer, cuando

(5) *La Nación,* martes 10 de agosto de 1948, p. 6.

(*) Parte de esta conferencia fue insertada en «Poesía cerrada y abierta», *El trabajo gustoso (conferencias).* Madrid. Aguilar, 1961, pp. 83-89.

quieren quedarse entre nosotros, con disimulo, porque les gustamos. Y entonces se vuelven casi como nosotros.

La poesía abierta y la poesía cerrada corresponden con bastante exactitud y regularidad a las dos líneas que la poesía española trae desde sus comienzos hasta nuestros días y que indudablemente seguirá en lo futuro, puesto que todos los siglos pasados no han hecho más que acentuarlas. La línea que corresponde a la poesía abierta es la más nacional y universal; la más internacional extranjera, la que corresponde a la poesía cerrada. Boscán y Garcilaso, que no fueron los primeros italianizantes, como es sabido, fueron los primeros forjadores de la llave de plata y es claro que dijeron e hicieron decir luego muchas cosas bellas, pero ¡cómo me hubiera gustado hoy, pecador de mí, italianista y francesista en mis primeros tiempos, haber visto correr libre el manantial del río español del romancero (*) sin mezcla italiana y luego francesa!

La poesía española, más anhelante, había contado más, hasta entonces, en metros menores, más canciones de combinación diversa, de tipo juglaresco, popular o romance octasílabo. Si bien es cierto que antes de Boscán y Garcilaso ya existían combinaciones estróficas, a base del dodecasílabo como del endecasílabo, más libre con el mester de clerecía y los seguidores de Dante, esta división es menos visible porque estaba en el comienzo de nuestra poesía escrita, estaba plena de españolismo entrañable y no había alcanzado la decisión y la regularidad ajena que antes del tiempo le dieron Garcilaso y Boscán. El romance octasílabo es el pie con que camina toda la escritura española en verso y prosa, como la francesa camina en el alejandrino, la italiana en el endecasílabo. Canción, romance y verso libre son las tres formas en que yo quisiera libertar gustosamente la poesía española.

[Ejemplificando más extensamente estas dos corrientes de la literatura española, mencionó dentro de la poesía abierta a Jorge Manrique, los anónimos del romancero, Gil Vicente, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Lope de Vega, en su parte más popular; Espronceda, en su parte más personal; Bécquer, Rosalía de Castro, Jacinto Verdaguer, Miguel de Unamuno, con su parte más fluida; la mitad de Antonio Machado. Y en el otro río, el Marqués de Santillana, Boscán, Garcilaso, fray Luis de León, Góngora, Herrera, Quevedo, Calderón, Quintana, el Duque de Rivas y todos los jóvenes de lo que se ha llamado en estos últimos tiempos poesía de retorno. Respecto del simbolismo francés y su influencia en la literatura española, manifestó que mientras el «parnasianismo» fue realista exotista, casi siempre, más grecolatino, el simbolismo fue más gótico y oriental, más mediavelista y más mágico, porque procedía de la mística española, la música alemana y la lírica inglesa del mejor romanticismo, con el intelectualista sentimental Poe a la cabeza.]

Se suele decir que la densidad es una gran ventaja de la poesía, que

---

(*) Juan Ramón pronunció una conferencia titulada «El romance, río de la lengua española» el 23 de abril de 1954, aniversario de la muerte de Cervantes, en el paraninfo de la Universidad de Puerto Rico, publicada en la revista *La Torre*, Río Piedras, núm. 26, 1959, pp. 7-49.

la poesía se hace con barro (*), ya que el barro es la tierra que nos sustenta, donde se supone que existe esa profundidad. Pero toda la profundidad a la que llegamos en la tierra es de unos 20 metros a lo sumo. Un poeta alto, esencial, tiene más universo que un poeta hondo, substancial. Cohesión sí debe tener la forma, pero la cohesión debe depender de su propia entraña, y la poesía, si ha de tener necesidad de hueso, no ha de tenerlo externo ni aparente, sino tan metido que no se lo encuentre, porque el hueso es siempre muerte, es final. La poesía no es estatuta, sino tejido orgánico, cargado de electricidad y dinamismo estático, y su permanencia está sólo en su belleza, tentadora por misterio, como un hermoso sueño (6).

La tercera conferencia, «El trabajo gustoso» (**) fue pronunciada por Juan Ramón el 23 de agosto y resumida en *La Nación* al día siguiente:

... ¿Con la guerra, amigos míos, contra la guerra? Cuando yo era niño, hace ya tanto tiempo, yo creía más o menos vagamente que el estado normal del muno era la paz; que el mundo era realmente un paraíso mayor que el mío, donde cada uno hacía lo que más le gustaba y en donde andaban también entes oscuros y malos que no nos dejaban hacer lo que más nos gustaba y para quienes había sido necesario inventar la cárcel y la horca. Yo creía también que todos los hechos de armas de que oía hablar a otros o que leía en libros, revistas o diarios antiguos, eran disparates, locuras, absurdos; que las hazañas tenían que ser heroísmos nobles en honor de la paz. Es decir, que yo creía que el mundo era poesía, sólo poesía, poesía verdadera y definitiva: amor, paz y gloria de cada día. Poesía diaria, trabajo gustoso diario, bello y útil por su belleza diaria; paz corriente, humana y divina; trato fraternal de hombres y dioses.

[Recordó luego que, al estallar la primera «guerra grande», llegó a creer, como muchos, que el estado normal del mundo había de ser ya la guerra.]

Pero hoy, hombre senecto, y después de la segunda guerra grande —digo después por costumbre, pues en realidad continúa, en universal

---

(*) Antonio Machado dice en la sección «Proverbios y Cantares» del libro *Campos de Castilla:*

XXXVII

¿Dices que nada se crea?
No te importe; con el barro
de la tierra haz una copa
para que beba tu hermano.

XXXVIII

¿Dices que nada se crea?
Alfarero, a tus cacharros.
Haz tu copa, y no te importe
si no puedes hacer barro.

(6) *Ibid.*, sábado 21 de agosto de 1948, p. 4.

(**) Esta conferencia fue aumentada y publicada en Jiménez, Juan Ramón, *El trabajo gustoso (conferencias)*. Madrid, Aguilar, 1961, pp. 17-34.

guerra civil de países que debieran ser hermanos—, creo conscientemente que es la paz, como creí de niño, y que es necesario que sea la paz; el empleo del éxtasis dinámico, del hallazgo hermoso, del empleo del amor, el empleo de la vida en favor de la única libertad posible, el único paraíso. Porque ahora parece que el hombre es más igual cada vez, que todos somos distintos universales en espacio y tiempo; que debe ser más fácil la hermandad. Va desapareciendo, ¿quién lo duda?, la lucha de clases y va desapareciendo la patria menor. La patria mayor única, la de los ciudadanos del mundo, que fue soñada por Schiller, por Beethoven. Parece que se lucha más por ideales generales, que pudieran llegar a acordarnos de mejor manera. Mi sueño infantil y mi consciencia madura, ya el hombre medio mío, el oscuro, el malo, ahorcado, me aseguran que la paz, y quiero advertir que no me estoy refiriendo a la paz interior metafísica, sensual, mística, sino a la paz ambiente, objetiva y propicia a todos los seres, está y debemos buscarla, por la belleza y la verdad de nuestra vida vuelta a la inocencia última, en la poesía, única voladora del animal de fondo de aire que es el hombre; la poesía, que es la patria mayor y acaso la única.

Siempre he sido feliz trabajando y dejando trabajar a gusto y con respeto, y por dondequiera que he ido he ayudado y exaltado este supremo trabajar a gusto. Claro que se me dirá que la mayoría de la gente no trabaja a gusto y, por tanto, no tiene que preocuparse del disgusto ajeno. Pero es precisamente lo que yo creo que se puede evitar con sólo repartirnos lo disgustador hasta eliminarlo en sucesión progresiva. Yo, por lo menos, estoy siempre dispuesto a compartir el trabajo indeseable para gozar del gustoso. Claro es que he tenido, y han tenido los gustosos trabajadores que pensaban como yo, que luchar contra la incomprensión, la estulticia o la mala disposición, más o menos consciente, del explotador, enemigo de este trabajo y otra circunsal fin y al cabo, habría de ser honor y éxito seguro de su industria. Pero también he sido testigo, a lo largo de mi vida, de grandes bellezas del trabajo por el trabajo de cualquier clase que fuese o por una relación, un enlace, una escapatoria entre el trabajo y otra circunstancia cualquiera que lo acompañaba hermosamente.

En el campo se ve mejor que en ningún otro sitio la relación forzosa entre hombre y tierra. Se ve que el hombre auténtico es tierra en pie, con su sombra que lo completa, como completa también al árbol; y el hombre del campo que no ama su campo y su trabajo no compone bien con su trabajo ni con su campo su destino. Y si lo ama, qué gustoso es su trabajo. Es curiosa la identidad que existe en Andalucía en las acepciones de la palabra «fino», sustantivo o adjetivo. Fino es en Andalucía el hombre que se entrega del todo a su trabajo, el que tiene disposición para su trabajo. Y es claro que ese ser fino es también delicado. Es decir, exigente, penetrante, sutil, que eso es lo delicado. Y al volverse por la tarde de su naturaleza, el hombre de campo, y de mi campo, se trae a su casa, como el poeta, una señal de la naturaleza, una flor en el sombrero, una espiga en la boca, un sarmiento en la mano, y no por utilidad, sino por no desunirse del todo en su paisaje, o por unirse con él en una mujer que lo espera. Las expresiones poéticas más bellamente delicadas se las he oído a hombres

como árboles del campo, y con nadie he gozado más en mi vida que hablando con ellos o sus mujeres y sus hijos. La poesía delicada —falsos fuertes de la convencionalidad ciudadana—, la poesía delicada no debilita a nadie, ni a quien la escribe ni a quien la oye. No se es débil nunca por ser fino, sino por ser exterior; no por hablar conmovido, sino por hablar hueco ensordecedor. Se es débil por constitución orgánica, por enfermedad, por pereza, por imbecilidad; no por sutileza, ni por espiritualidad, ni por sentimiento.

Un joven poeta amigo mío me dijo: «¿No se podría formar en el mundo el partido único de la poesía?» El partido de la vida gustosa, añado; del trabajo gustoso y completo. En el trabajo gustoso todos tendríamos el gusto del trabajo completo y del más alto y del más humilde trabajo. Y este partido no sería parte, porque en él cabríamos todos, sería el verdadero «estado», lo digo con comillas, estado de verdadera gracia, de verdadera gloria. Las juventudes políticas que hoy se están preparando en medio de esta horrible catástrofe necesaria de nuestro mundo, para administrarnos mañana a los que aún vivamos o para administrar a los que han de venir después de nosotros, deben estarse preparando en poesía, en belleza, lo digo por centésima vez, en la poesía del trabajo (7).

La última conferencia del ciclo *Vida y Poesía,* que había sido anunciada para el 23 de agosto, tuvo lugar el viernes 3 de septiembre, después de regresar el poeta de una gira por las ciudades de Córdoba, Rosario y Santa Fe.

Aunque la charla había sido anunciada en la prensa con el título «Hacia una ciudad mejor», Juan Ramón la presentó bajo el nombre de «La Razón Heroica» (*). Las ideas principales de la misma aparecieron resumidas en *La Nación* al día siguiente:

Quien progresa en una disciplina cualquiera (poesía, por ejemplo, religión, arte, ciencia, etc.), progresará fatalmente en todas las demás aunque no las haya considerado separadas como la suya. Cuando quiera considerar otra como la suya se la encontrará en un nivel equivalente. No será, tal vez, tan entendido en la otra, pero exigirá de ella calidad semejante. Para él, hombre sucesivo, el mundo todo será una diaria y hermosa cuenta arriba, del que puede subir con naturalidad y gracia, porque su propia sucesión había sido secreta sucesión universal. El individuo sucesivo impulsa al mundo sin proponérselo. Esta idea es mía desde mi juventud, y desde mi primera juventud la vengo comprobando.

Un poeta vocado al realismo de nuestra vida cotidiana, sin ambiciones de cosas existentes o inexistentes, pero creadas en su eléctrica clarividencia moral, sin realismo mágico, nunca puede ser nuevo, porque la novedad es la continuación, y es difícil concebir la permanencia sin pre-

(7) *Ibid.,* martes 24 de agosto de 1948, p. 4.

(*) Conferencia publicada en Jiménez, J. R.: *El trabajo gustoso (conferencias).* Madrid, Aguilar, 1961, pp. 117-141.

sente. El poeta es sucesión interior y exterior, a través del tiempo y del espacio dados. Y el que concibe vieja la eternidad o el tiempo es el que no tiene conciencia de su propio tiempo ni de su propia posible eternidad; el que no concibe su inmanencia, el que no se da cuenta ni se hace cargo de su destino.

[Definió el conferenciante los últimos tiempos de la humanidad como excesivamente realistas; humanidad que ha envejecido, perdido perennidad, eternidad, intemporalidad. El hombre político, el de la poli, la ciudad del mundo, no cumple sus funciones. Es un hombre realista, apocado, equivocado, disminuído no sólo de espacio y tiempo, sino de genio interior.]

Se habla o se grita de democracia como de una existencia que se supone conocida, sin aislarla ni esclarecerla; se habla de democracia como de una cosa adjetiva, no sustantiva; se habla sin ese amor ni ese respeto que da la confianza.

[Analizó brevemente la democracia inglesa, preguntándose si ella cumple la condición sucesiva que mejoraba, que renovaba al hombre inglés y al hombre de todo el mundo, o si es una democracia detenida, es decir, sin sentido, ya que la democracia no es sino el camino, ascensión. ¿Cuál será la democracia convencedora del mundo, en el supuesto de que quien la tenga más a mano está ayudando a ganarse, a ganarse en sí mismo, que es lo que debe procurar el mundo, y que es lo que yo deseo, y supongo que todos los demócratas, hacia el futuro desean?]

España dominó en siglos de aventura; Francica, en siglos de avance social. Inglaterra —con la invención del vapor y su ulterior aplicación a la navegación—, en siglos de imperio. Pero ahora, sean cuales sean los inventos, la conciencia general, declarada o no, sabe que el imperialismo ha terminado en nuestro mundo. Nuestra época significa el borde del imperialismo, que es como un feudalismo en grande.

Refiriéndose al ejemplo ideal que puede proporcionarse en cuanto a la democracia y al hombre mismo, manifestó:

El hombre y la sociedad humana nunca pueden llegar a un fin absoluto; siempre pueden ser más, y deben serlo, ya que cada aumento lleva en sí nuevas perspectivas. De modo que no podemos situar el ideal social nunca como una meta, sino como un tránsito. El ideal no existe, por tanto, sino a nuestro lado; no puede existir como un bloque de piedad, idealistas y estatuarios, sino como una siempre transparente hoguera que corre delante de nosotros, y estamos viviendo al mismo tiempo en su luz y en la luz que ella echa delante de ella y nosotros. Este es el gran secreto del hombre y de su vida, y por eso podemos vivir cuando estamos en plenitud de pensamiento y sentimiento, iluminados por nosotros mismos; cuando sabemos que ese pensamiento y ese sentimiento pueden ser diferentes cada día, como la ilusión de un niño.

La igualdad humana se expresa de manera superior por el sentiemiento. Es posible que el instinto, cultivado por el progreso mecánico, es decir, la inteligencia instintiva, sea superior en un sentido cualquiera al instinto sin cultivar más que por su uso directo propio. Pero la inteligencia no debe servirnos nunca para enorgullecernos sobre

otros, para separarnos de otros por ella, sino para unirnos por la comprensión, la aceptación del cultivo íntimo; la inteligencia no puede servir para separarnos por razas, por colores, por causas, por clases ni sobre todo, por grados de cultura, sino para simpatizar con todos en todo lo que podamos. Sería curioso seguir esta consideración hasta ver si lo que separa a los hombres no sería precisamente la inteligencia, las llamadas ideas, las ideas tenidas por malas o las tenidas por buenas, ya que tanto aleja del llamado hombre malo una idea buena, que del llamado bueno una idea mala. Parece que las ideas, las malas ideas, son las que determinan la guerra entre los hombres, y que sólo los sentimientos son los que se invocan para poder mitigar la crueldad de las ideas. Lo que quiere decir que los sentimientos son superiores a las ideas, que ellos nos permiten acercarnos a todos y, en consecuencia, en lo que más debemos aprender a aproximarnos es en lo ideológico.

Hace poco me preguntaron unos jóvenes universitarios paraguayos cuál era el deber de la juventud universal en este momento del mundo. Yo les contesté así: «El mundo gira por su órbita, y su girar adelanta en lo único que puede adelantar, en sucesión ideal. Lo demás es sólo dar vueltas, una gimnasia benéfica. Pero cada vuelta muscular añade fuerza ideal con el añadido de fuerza física. Hoy, de las llamadas "clases" en nuestro mundo, la más importante, en número, es el pueblo. El pueblo preterido durante tantos siglos por las otras dos clases aisladas, la llamada aristocracia y la llamada burguesía. El político puede impulsar un poquito la evolución o la revolución de su país, pero ellos se hacen solos. La masa humana obra como la terrestre, con equivalentes movimientos, unas veces evolucionarios y otras revolucionarios. Yo creo que la juventud paraguaya, hispanoamericana, la de todo el mundo de hoy, sin quererlo o queriéndolo, está en ese movimiento. ¿Evolucionario con probabilidades constantes de revolucionario? Lo importante es tener conciencia de él y apoyarse con él para ayudarlo al fin a él. Estamos entrando, desde hace medio siglo, con dinamismo urgente en una nueva época. Cada día vamos más de prisa adónde sea. La época nueva se fragua siempre en fuegos superpuestos, con heroísmos superpuestos. El hombre, el joven sobre todo, puede ayudarla un poco con la razón heroica, en prosa, no en verso, que la poesía es expresión de paz. Y la razón heroica firme, libre en su unidad, expectante (Gandhi, por ejemplo más próximo), puede ser la mejor revolución, la más higiénica y convincente. Me parece a mí, amigos, que nuestro deber de hombres en camino hacia nosotros mismos, nuestro destino superior es ayudar a la formación de un conciencia colectiva, la de los países de supuesta cultura y la de los de incultura supuesta; la conciencia de un mundo que corresponda al tiempo concebido por los hombres.» (8).

Como interrumpiendo el ciclo de sus conferencias en la capital, Juan Ramón llegó a Montevideo el 14 de agosto, y habló en el teatro Municipal el día 16 sobre «Poesía abierta y poesía cerrada». El 26 de agosto dictó una conferencia, «El trabajo gustoso», en el teatro El

(8) *Ibid.*, sábado 4 de septiembre de 1948, p. 4.

Círculo de Rosario, ciudad a donde había llegado el 21. Llegó por ferrocarril a Santa Fe el viernes 27 de agosto, visitó el Museo Provincial de Bellas Artes y disertó el 28 de agosto en la Biblioteca Popular de Paraná sobre «La Razón Heroica». La gira de conferencias finalizó el 31 de agosto, cuando habló en el teatro Rivera Indarte, de Córdoba, sobre el tema «Límite del progreso».

Zenobia recoge todo lo referente a la labor como conferenciante y a la nueva vitalidad de Juan Ramón en cartas del 11 de octubre y 7 de noviembre, a Juan Guerrero:

> A nosotros nos ha venido el viaje a la Argentina como un magnífico tónico (9).
>
> ... esperamos salir en el «Río Chico», el mejor barco de la flota mercante nacional, el día 12. J. R. dio tres conferencias más, siempre recibido con el mismo cariño y respeto. Para él ha sido volver a vivir venir aquí y nunca le he visto desplegar una actividad mayor en la vida. Parece mentira lo que resiste. [...] Eso de que J. R. despacha asuntos de nuevo me parece un verdadero renacimiento. El caso es que J. R. se está alimentando mucho mejor y ha recobrado sus fuerzas. Tiene la cara mucho más tersa que antes y no sólo despacha todos los asuntos del día con gran eficiencia sino que se ha hecho un programa formidable que dudo pueda terminar a tiempo para la segunda visita de 1949 que J. R. ha prometido a las provincias que él no pudo llegar este año (10).

Las tres conferencias adicionales a que se refiere Zenobia en la carta del 7 de noviembre parecen ser dos lecturas de poemas argentinos seleccionados por Juan Ramón y leídos el lunes 25 y el miércoles 27 de octubre en la SADE (Sociedad Argentina de Escritores). Juan Ramón tituló el acto «Recuerdo a la poesía escondida» y leyó los poemas que había seleccionado de entre las cinco mil composiciones recibidas desde su llegada y escritas por artistas jóvenes y poco conocidos. Leyó además el prólogo que había escrito para la antología de versos argentinos, que proyectaba editar a su regreso a los Estados Unidos. La otra conferencia tuvo lugar el sábado 23 de octubre bajo el auspicio del Colegio Libre de Estudios Superiores y la titulé «El siglo modernista». Esta conferencia no fue resumida en la prensa, pero su temario se publicó anticipadamente:

> El modernismo en los países de lengua española. Antecedentes en España. Larra y Bécquer. La Institución Libre de Enseñanza. Retorno a lo popular. Retorno al Greco y a Góngora El Romancero. Los poetas del litoral: R. de Castro, M. J. Verdaguer, Curros Henríquez, V. Medina. Antecedentes en Hispanoamérica. Los primeros modernistas. Los

(9) Carta autógrafa e inédita de Zenobia Camprubí..., 11 de octubre de 1948.
(10) *Ibid.*, 7 de noviembre de 1948.

modernistas naturales: J. Martí, J. A. Silva. Los modernistas exotistas: J. del Casal, G. Valencia, Darío. Rubén Darío y España: los poemas españolistas. Fraternidad de españoles y americanos: Unamuno y Rubén Darío. La nueva generación bajo la influencia metafísica y formal de Unamuno y Darío. La supuesta generación del 98. Las generaciones posteriores (11).

Los Jiménez salieron de la Argentina el 12 de noviembre, pero no en el *Río Chico,* como anunciaba Zenobia en su carta, sino en el *S. S. Uruguay,* que había llegado al puerto de Buenos Aires el 9 de noviembre, procedente de Nueva York, Río de Janeiro, Santos y Montevideo.

Agasajo y homenajes

El 18 de agosto la SADE celebró un acto en honor de Juan Ramón que tuvo el alcance de un homenaje de la intelectualidad argentina. La recepción tuvo lugar en la Casa del Escritor, y el doctor Carlos Alberto Erro, presidente de la Sociedad, dio la bienvenida al escritor andaluz. La admiración que se le profesaba quedó puesta de relieve en el aplauso cerrado y sostenido con que se acogió su presencia. El doctor Erro pronunció el discurso de bienvenida. Juan Ramón, al contestar al doctor Erro, saludó cordialmente a los escritores argentinos y les dio las gracias por tanta amistad generosa como se le había prodigado. Esta recepción fue un momento significante de la historia cultural de Argentina; jornada memorable en la vida literaria de Buenos Aires por la calidad y el número de gentes de letras que participaron en ella. El «andaluz universal» fue acogido con aplausos de muchos poetas y prosistas argentinos, y esos aplausos testimoniaron la admiración y el cariño que le profesaban.

Una reseña del libro de Gastón Figueira *Juan Ramón Jiménez, poeta de lo inefable,* apareció en la página cuatro de *La Nación* del domingo 12 de septiembre, y en ella se destacaba el hecho de que la lectura del *Ariel* había impresionado tanto a Juan Ramón que en *La soledad sonora* (libro escrito en 1908 y publicado en 1911) hay 34 poemas dedicados a José Enrique Rodó, a quien el poeta llamó «sembrador de estrellas». Juan Ramón colaboró además en la segunda sección (Artes y Letras) de *La Nación* con tres poemas de *Dios deseado y deseante:* «La fruta de mi flor», «Esa órbita abierta» y «El todo interno» (12).

---

(11) *La Nación,* jueves 21 de octubre de 1948, p. 4.
(12) *Ibid.,* domingo 19 de septiembre de 1948, p. 1.

El 20 de septiembre Mercedes Bebán, actriz argentina, interpretó poemas de Juan Ramón en homenaje al poeta español con el auspicio del Círculo de la Prensa en el teatro Ateneo. Juan Ramón asistió al acto de incógnito, como un espectador más.

Zenobia escribió lo siguiente en su carta-diario del 9 de agosto:

> ... Ya van 105 artículos de periódico, sin contar gacetillas, anuncios y radios. Pero J. R., como siempre, de lo que más entusiasmado está es de toda esta juventud exuberante con su libros, sus poemas a máquina, sus proyectos poéticos desorbitados (13).

El 7 de septiembre, en La Plata, una delegación de alumnos de la Escuela número 19 de esa ciudad entregó a Juan Ramón, en el salón de actos de El Círculo, un ejemplar de *Platero y yo,* transcrito en el sistema Braille de escritura para ciegos (*). Asistieron al acto personalidades de las letras platenses y de la capital federal. La entrega del ejemplar la realizó el señor Vicente Tucci, director de la Escuela. En septiembre Juan Ramón presenció en Rosario la ceremonia de entrega de premios en el concurso literario organizado por la Asociación Amigos del Arte para cuentos y ensayos. El poeta entregó los premios a los ganadores, y los jóvenes escritores premiados agradecieron el honor de recibir el premio de manos de Juan Ramón.

Zenobia describió el final del viaje en carta a Juan Guerrero con fecha 6 de octubre:

> Muy queridos amigos:
>
> Ha llegado el momento de que la aventura argentina toque a su fin ya retrasado más de la cuenta para nuestros compromisos en Norteamérica. El barco que nos lleva es mucho mejor que el que nos trajo y todos tenemos cuarto de baño particular —cosa muy agradable en una travesía tan larga—. La Argentina ha sido muy generosa y hospitalaria con nosotros, con nuevas pruebas de afecto cada día, flores por todas partes, invitaciones a granel, trabajo que no alcanzamos nunca a hacer a tiempo porque sólo para el teléfono necesitamos tres horas al día .Desde nuestro balcón del 8.º piso vemos la ribera del Plana, tan ancho que no se alcanza a ver la otra orilla, y (palabra ilegible) arriba hasta San Isidro, donde vive Victoria Ocampo (14).

---

(13) Carta autógrafa e inédita de Zenobia Camprubí..., lunes 9 de agosto de 1948.

(*) Conviene anotar aquí lo que Zenobia escribió en una carta a Juan Guerrero con fecha del jueves 9 de septiembre: «Maruja (palabra ilegible) nuestra compañera de barco ciega que tiene una magnífica máquina de braille que los platenses no conocían. En esta escuela los niños dedican una hora semanal a escribir libros para los ciegos. Habían hecho el «Platero» escolar en tres gruesos tomos de braille. La mitad del trabajo lo había hecho una sola niña que hoy ha sido la sola alumna que han traído en recompensa. La chica estaba emocionadísima con las perspectivas que le abría la nueva máquina.»

(14) *Ibid.,* 6 de octubre de 1948.

Y en carta del 26 de septiembre, Zenobia había escrito una línea concisa pero significativa de lo que Juan Ramón sentía por la capital argentina: «J. R. se aficiona a B. A. cada día más.» (15)

Juan Ramón se había despedido oficialmente del personal de *La Nación* el sábado 30 de octubre y fué recibido por el codirector del diario, doctor Bartolomé Mitre; entre las impresiones de la visita se publicaron las siguientes líneas:

> J. R. manifestó sus propósitos de volver en junio cuando llegue a su término el curso que dicta en la Universidad de Maryland, que ahora va a retomar. Nos expresó, asimismo, la emoción que se lleva de los días pasados en la Argentina durante los cuales fue objeto de expresiones de tan hondo y tan sincero afecto (16).

Un día después de la partida de los Jiménez apareció en *La Nación* el siguiente resumen de la estadía y actividad de la pareja:

> Después de una permanencia en nuestro país que se prolongó durante más de tres meses, partió ayer (viernes 12 de noviembre) para los Estados Unidos en compañía de su esposa, a bordo del «Uruguay», el prestigioso poeta español Juan Ramón Jiménez. La visita del autor de *Platero y yo* —quien vino por primera vez— ha tenido una resonancia explicable si se recuerda que su obra se destaca entre la más difundida de los escritores contemporáneos de nuestra lengua. Numerosísimos fueron los que acudieron a sus conferencias, organizadas por los *Anales de Buenos Aires*, ansiosos de escuchar a quien les había encantado con sus versos admirables. Muchos fueron también los que llegaron hasta su alojamiento del Alvear Palace Hotel para conversar con él o someterle sus libros. A pesar de una labor considerable, que le llevó a diversas ciudades del interior como disertante, el poeta supo darse tiempo para todos y ello ha contribuído no poco a intensificar la simpatía respetuosa que suscita su personalidad. Por otra parte, el interés auténtico que ha evidenciado en lo que atañe a la labor de nuestros poetas noveles —que Jiménez ha difundido por medio de comentarios, lecturas seleccionadas y la preparación de una antología que aparecerá en breve— le ganó el entusiasmo de los más jóvenes, quienes le rodearon con la veneración que se le prodiga a los maestros. Entre ellos solía vérsele, estos últimos días, discutiendo de igual a igual, con la generosa sencillez que es propia de los espíritus superiores.
>
> Juan Ramón deja, pues, en la Argentina muchos amigos verdaderos que se suman a la legión de sus admiradores. Según nos expresó al visitar *La Nación* recientemente, espera que sus tareas de la Universidad de Maryland, donde es catedrático, le permitan regresar en breve a nuestra patria, cuyo movimiento intelectual valora hondamente (17).

---

(15) *Ibid.*, 26 de septiembre de 1948.
(16) *La Nación*, 30 de octubre de 1948, p. 4.
(17) *Ibid.*, sábado 13 de noviembre de 1948, p. 4.

La magnitud en alcance y significancia de este viaje y su repercusión en Juan Ramón y los argentinos es evidente. El poeta, en un verdadero renacimiento de entusiasmo y vitalidad, prolongó su estadía en el país el doble del tiempo planeado originariamente; dictó un número mayor de conferencias, en las que exaltó constantemente los valores del espíritu y la razón, haciendo un llamado al verdadero progreso, a la felicidad legítima, a la belleza de la paz, al idealismo, a la libertad y a la hermandad y comprensión humanas por medio del sentimiento, analizando además la literatura española y la función de la poesía en el mundo y en la vida.

El poeta, rodeado de amigos, admiradores y escritores jóvenes con poemas inéditos o poco conocidos, se sintió inyectado de un nuevo entusiasmo, y con verdadero interés hizo muchos proyectos, más de los que podría posiblemente realizar: viajes anuales de retorno, conferencias y la edición de sus obras y de una antología de versos argentinos.

La visita a la Argentina fue para Juan Ramón uno de los mayores triunfos personales de toda su vida, y el escritor andaluz fue objeto de una acogida realmente sincera, afectuosa y hospitalaria.

Angel M. Aguirre
Departament of Romance Languages
The University of Texas
Austin 78705 (U. S. A.)